

**ROGER  
MARTIN DU GARD  
Los Thibault  
(2)**

**Traducción del francés  
FÉLIX CABALLERO ROBREDO**



**PUNTO DE VISTA EDITORES**

Colección CLÁSICOS, 10

Título original: *Les Thibault, 2: L'Été 1914, Epilogue*

© Éditions Gallimard, París

1936, renovado en 1964, por *L'Été 1914*

1940, renovado en 1967, por *Epilogue*

© De la traducción, herederos de Félix Caballero Robredo, 1975

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, SLU, 2025

Todos los derechos reservados.

Primera edición: septiembre, 2025

Publicado por Punto de Vista Editores

C/ Mesón de Paredes, 73, 28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com

puntodevistaeditores.com

@puntodevistaed

Al cuidado de la edición: Alberto Vicente

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Luis Porras Vila

Diseño de colección y de cubierta: Joaquín Gallego

Fotografía de cubierta: *Primera Guerra Mundial 1914-1918. Partida de los soldados del 24.º regimiento de infantería. París, agosto de 1914.* © Maurice-Louis Branger / Roger-Viollet

ISBN vol. 1: 978-84-129012-8-3 | ISBN vol. 2: 979-13-87624-09-5

ISBN obra completa: 979-13-87624-10-1

Depósito legal: M-14911-2025

Thema: FBC

Impreso en España – *Printed in Spain*

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)

# Sumario

|                   |     |
|-------------------|-----|
| EL VERANO DE 1914 | 11  |
| EPÍLOGO           | 873 |

## **EL VERANO DE 1914**

Jacques, fatigado, estiraba el cuello para no cambiar de postura. No se atrevía a mover más que los ojos. Lanzó a su verdugo una mirada rencorosa.

Paterson había retrocedido de dos zancadas hasta la pared. Con la paleta en la mano y el pincel levantado, inclinaba la cabeza alternativamente a izquierda y derecha, contemplando atentamente la tela colocada sobre el caballete, a tres metros de él. Jacques pensó: «¡Qué suerte tiene de poder contar con la pintura! —Su mirada descendió hasta el reloj de pulsera—: ¡Todavía tengo que terminar mi artículo antes de la noche. Y a este animal le tiene sin cuidado!».

El calor era agobiante. Una luz implacable entraba por la cristalera. Aunque esta antigua cocina estaba encaramada en el último piso de un inmueble cercano a la catedral y que dominaba toda la ciudad, no se veían ni el lago ni los Alpes. Nada más que él cara a cara con el cielo de junio, de un azul cegador.

En el fondo de la habitación, bajo el techo inclinado, se alineaban dos jergones, uno junto a otro. Había clavos con ropa colgada. Sobre el horno oxidado, sobre la repisa de la chimenea, en el fregadero, se amontonaban de cualquier forma los objetos más dispares: una cubeta de esmalte, un par de zapatos, una caja de cigarros llena de tubos vacíos de colores, una brocha cubierta de jabón reseco, cacharros, dos rosas marchitas en un vaso, una pipa... En el suelo, vueltas contra la pared, se amontonaban las telas.

El inglés estaba desnudo hasta la cintura. Apretaba los dientes y respiraba por la nariz, muy fuerte, como si hubiera estado corriendo.

—No es fácil... —murmuró, sin volver la cabeza.

Su rostro blancuzco de hombre del norte relucía de sudor. Los músculos resaltaban bajo la piel, muy fina. La delgadez marcaba un triángulo oscuro en la parte baja de la caja torácica. Bajo la tela desgastada del viejo pantalón, la atención reconcentrada hacía temblar los tendones de las piernas.

—Y ni una hebra de tabaco —suspiró a media voz.

Los tres cigarros que Jacques había sacado del fondo del bolsillo al llegar se los había fumado el pintor, uno tras otro y dando largas chupadas, nada más empezar la sesión. Su estómago, ocioso desde la víspera, le producía retortijones; pero ya estaba acostumbrado a ellos. «¡Cuánta luz en esa frente! —pensó—. ¿Tendré bastante blanco?». Echó una mirada hacia el tubo de albayalde, tirado en el suelo y aplastado como una cinta metálica. Le debía ya un centenar de francos a Guérin, el vendedor de colores; afortunadamente, Guérin, antiguo anarquista recientemente convertido al socialismo, era un buen camarada...

Sin separar la mirada del retrato, Paterson hacía muecas, como si estuviera solo.

Su pincel esbozó en el aire un arabesco. Bruscamente, sus ojos azules se volvieron hacia Jacques; fijó en la frente de este una mirada de urraca, inhumana a fuerza de intensidad.

«Me mira exactamente como miraría a una manzana en un frutero —se dijo Jacques, divertido—. Si no tuviera que terminar ese artículo...».

Cuando Paterson había propuesto tímidamente hacer este retrato, Jacques no se había atrevido a decir que no. Desde hacía meses, el pintor, demasiado pobre para pagar modelos e incapaz de permanecer veinticuatro horas sin utilizar los pinceles, gastaba su talento en mezquinas naturalezas muertas. Pero Paterson había dicho: «Cuatro o cinco sesiones, todo lo más...». ¡Sin embargo, hoy, domingo, era el noveno día que Jacques, tascando el freno, se violentaba en subir con regularidad, a última hora de la mañana, hasta lo alto de la vieja ciudad, para unas *poses* que nunca duraban menos de dos horas!

Paterson se había puesto a frotar febrilmente el pincel sobre la paleta. Aún permaneció inmóvil durante un segundo, empujándose sobre los tobillos, en la actitud de un nadador que prueba la elasticidad del trampolín, con la mirada fija en Jacques. Y, de repente, con el brazo rígido, se lanzó a fondo como un esgrimidor para poner en un punto muy determinado de la tela una pincelada de luz, una sola; después, volvió a retroceder hasta la pared, con los ojos entornados, moviendo la cabeza y resoplando como un gato encolerizado. Luego, se volvió hacia el paciente y por fin sonrió:

—¡Hay tanta fuerza en esas cejas, en esa sien, en ese pelo que crece sobre la frente! No es fácil...

Dejó la paleta y el pincel sobre el fregadero y, girando sobre sí mismo, fue a tenderse cuan largo era sobre uno de los jergones:

—¡Basta por hoy!

Jacques, liberado, se estiró.

—¿Puedo mirar?... ¡Hombre, hoy has adelantado mucho!

Jacques estaba tomado de tres cuartos, sentado. El retrato se detenía en las rodillas. El hombro izquierdo huía en perspectiva; el hombro, el brazo y el codo derechos venían con vigor hacia adelante. La mano, musculosa y completamente abierta sobre el muslo, ponía en la parte baja del cuadro una mancha clara y viva. La cabeza, aunque levantada en plena luz, se inclinaba ligeramente hacia el hombro izquierdo, como forzada por la masa de la cabellera y de la frente. La luz venía de la izquierda. La mitad de la cara quedaba en la sombra; pero, como consecuencia de la inclinación de la cabeza, toda la frente se encontraba iluminada. El rizo oscuro con reflejos rojizos que la cruzaba de izquierda a derecha contribuía a aumentar por contraste la luminosidad de la carne. Paterson había conseguido especialmente el efecto del pelo, que crecía desde muy abajo, duro y espeso como la hierba. La poderosa mandíbula se apoyaba sobre el cuello blanco, entreabierto. Una arruga de amargura, que daba al rostro severidad bravía, ennoblecía la boca grande y de labios mal dibujados. Bajo la línea atormentada de las cejas, escondida en el claroscuro, la

mirada resultaba intencionadamente franca y voluntariosa; pero con una expresión demasiado arriesgada, obstinada, que no estaba bien lograda. Paterson acababa de notarlo. En conjunto, había expresado bien la fuerza masiva que se desprendía de la frente, de los hombros, de los maxilares, pero desconfiaba de llegar alguna vez a poder fijar estas tonalidades de meditación, de tristeza y de audacia que se sucedían, sin mezclarse, en la mirada inquieta.

—¿Vendrás también mañana, verdad?

—Si hace falta... —dijo Jacques, sin ningún entusiasmo.

Paterson se había levantado para registrar los bolsillos de un impermeable colgado encima de la cama. Se echó a reír con jovialidad:

—Mithörg desconfía: ya no se deja nunca tabaco en los bolsillos.

Cuando Paterson reía, se convertía inmediatamente en el muchacho malicioso que probablemente sería cinco o seis años antes, cuando había roto con su familia puritana y había escapado de Oxford para venir a vivir a Suiza.

—Lo siento —murmuró de buen humor—; ¡por ser domingo me hubiera gustado poder ofrecerte un pitillo!...

Se pasaba mejor sin comida que sin tabaco y mejor sin tabaco que sin colores. Por otra parte, nunca estaba demasiado tiempo sin colores ni tabaco, e incluso sin comida.

Formaban en Ginebra un vasto grupo de jóvenes revolucionarios, sin recursos, más o menos afiliados a las organizaciones existentes. ¿De qué vivían? Vivían. Algunos, como Jacques, intelectuales privilegiados, colaboraban en periódicos y revistas. Otros, obreros especializados llegados de todos los rincones del mundo, tipógrafos, dibujantes, relojeros, encontraban bien que mal la forma de ganarse el pan y, cuando llegaba el caso, lo compartían con los compañeros sin empleo. Pero la mayor parte de ellos no tenían ningún trabajo fijo. Se dedicaban, al azar, a tareas oscuras y mal retribuidas, que abandonaban tan pronto como tenían algo de dinero en el bolsillo. Entre ellos se contaban muchos estudiantes con la ropa muy usada, que salían adelante



dando lecciones, tomando notas en las bibliotecas, haciendo pequeños trabajos de laboratorio. Afortunadamente, nunca se encontraban todos al mismo tiempo en la miseria. Bastaba que hubiera alguna bolsa repleta para asegurar un poco de pan y un embutido, un café caliente, un paquete de cigarrillos a los que aquel día erraban con los bolsillos vacíos. La ayuda mutua funcionaba de por sí. Es fácil acostumbrarse a no comer sino una vez al día y lo que sea, cuando se es joven y se vive en grupo, con las mismas preocupaciones, las mismas certezas, la misma pasión social y los mismos anhelos. Algunos, como Paterson, se divertían afirmando que la irritación de un estómago exageradamente vacío comunicaba al cerebro una embriaguez beneficiosa. Esto era algo más que un dicho ocurrente. La sobriedad de su régimen contribuía a mantener esta sobreexcitación espiritual, de la cual se beneficiaban los interminables conciliábulos que celebraban a todas horas en las esquinas, en los cafés, en los cuartos de las casas de huéspedes y, sobre todo, en el «Local», donde se reunían para transmitirse las noticias aportadas por los revolucionarios extranjeros, para comparar sus experiencias, sus doctrinas y poder trabajar todos juntos, con el mismo fervor, en la edificación de la sociedad futura.

Jacques, de pie ante el espejo, se componía el cuello y la corbata.

—No tengas prisa, hombre... ¿Adónde vas tan de prisa?  
—murmuró Paterson.

Permanecía echado de través sobre la cama, medio desnudo, con los brazos separados. Tenía unas frágiles muñecas de joven-cita y manos de hombre, y unos tobillos delgados con auténticos pies de inglés. La cabeza era pequeña; el pelo, de un rubio grisáceo y mojado por la transpiración, tomaba bajo la ventana el brillo patinado de los viejos esmaltes. En sus ojos, tal vez excesivamente luminosos para ser muy expresivos, la ingenuidad parecía luchar siempre contra el desaliento.

—Tenía tantas cosas que decirte... —dijo al desgaire—. En primer lugar, anoche te marchaste demasiado pronto del «Local»...

—Estaba cansado... Allí todo son vueltas y más vueltas, repitiéndose siempre las mismas cosas...

—Sí... Sin embargo, la discusión se hizo verdaderamente excitante... Lo sentí por ti. El Piloto terminó por contestar a Boissonis. Solo algunas palabras; pero de esas palabras que..., ¿cómo decís vosotros?, que dan en el clavo.

El acento traicionaba una sorda antipatía. Jacques había observado muchas veces la especie de admiración llena de odio que el inglés sentía por Meynestrel, por el Piloto, como le llamaban. Nunca había hablado de ello con el pintor. Personalmente, sentía un profundo afecto por Meynestrel; no solamente le quería como a un amigo: le veneraba como a un maestro.

Se volvió rápidamente:

—¿Qué palabras? ¿Qué fue lo que le dijo?

Paterson tardó en contestar. Miraba al techo y sonreía de una manera rara.

—Fue al final, de repente... Muchos, como tú, se habían marchado... Dejó hablar a Boissonis, ya sabes, como si no estuviera escuchando... De repente, se inclinó hacia Alfreda, que estaba, como siempre, sentada a sus pies, y lo dijo muy de prisa, sin mirar a nadie... Espera que recuerde... Dijo algo así como esto: «Nietzsche ha suprimido la noción de Dios. Ha puesto en su lugar la noción Hombre. Esto no es nada; es solo la primera etapa. El ateísmo debe avanzar ahora mucho más lejos: debe suprimir también la noción Hombre».

—¿Y qué? —preguntó Jacques con un ligero encogimiento de hombros.

—Espera... Entonces Boissonis preguntó: «¿Para sustituirla por qué?». El Piloto sonrió, ya sabes, a su manera... Y declaró muy fuerte: «¡Por nada!».

Jacques también sonrió para evitar tener que contestar. Tenía calor, estaba cansado de haber posado y tenía prisa por volver a su trabajo, y, principalmente, no tenía ganas en absoluto de discutir de metafísica con este buen Paterson. Dejando de sonreír, se limitó a decir:

—¡Es un alma de una nobleza incontestable, Pat!

El inglés se incorporó sobre un codo y miró a Jacques a la cara:

—¡Por nada! A pesar de todo, es una cosa... *absolutely monstrous!... Don't you think so?*\*

Como Jacques se callara, se dejó caer otra vez sobre la cama.

—¿Cuál ha podido ser la vida del Piloto? Siempre me lo pregunto. Para llegar a esta..., a esta desecación, creo que ha tenido que recorrer unos caminos espantosos, respirar un aire envenenado... Dime, Thibault —prosiguió casi inmediatamente, sin cambiar de entonación, pero volviéndose otra vez hacia Jacques—. Hace mucho tiempo que quería preguntarte una cosa, a ti que conoces bien a los dos: ¿crees tú que Alfreda está contenta con su Piloto?

Jacques se percató de que nunca había pensado en ello. En medio de todo, no carecía de lógica. Pero era delicada de resolver esta cuestión, y una intuición confusa le aconsejaba no aventurarse por este terreno con el inglés. Terminó de hacerse el nudo de la corbata e hizo con los hombros un gesto prudentemente evasivo.

Por otra parte, Paterson no pareció molestarse por este silencio. Había vuelto a echarse. Preguntó:

—¿Vendrás esta tarde a la conferencia de Janotte?

Jacques aprovechó el cambio de tema:

—No estoy muy seguro... Primero tengo que terminar un trabajo para *El Fanal*... Si se me da bien, pasaré por el «Local», hacia las seis. —Se había puesto el sombrero—. ¡Tal vez hasta la noche, Pat!

—No me has contestado a lo de Alfreda —dijo entonces Paterson, sentándose en la cama.

Jacques ya había abierto la puerta. Se volvió:

—No lo sé —dijo, después de una vacilación imperceptible—. ¿Y por qué no había de ser feliz?

\* ¡Absolutamente monstruosa!... ¿No te parece?

## II

Era ya más de la una y media. Ginebra se recreaba con la comida dominical. El sol caía a plomo sobre la plaza del Bourg-de-Four, reduciendo la sombra a una cenefa violácea al pie de las casas.

Jacques atravesó oblicuamente la plaza desierta. Lo único que turbaba el silencio era el murmullo de la fuente. Jacques andaba de prisa, con la cabeza agachada, dándole el sol en el cogote y con los ojos quemados por el asfalto espejeante. Aunque no temiera excesivamente el calor del verano ginebrino —este calor blanco y azul, implacable y sano, nunca pegajoso y pocas veces tórrido—, se sintió agradablemente sorprendido al encontrar un poco de sombra al bordear los puestos de la estrecha calleja de La Fontaine.

Pensaba en su artículo: un comentario de varias páginas acerca del último libro de Fritsch, para la «Revista de Libros» del *Fanal Suisse*. Las dos terceras partes ya estaban escritas, pero el principio tenía que rehacerlo por completo. Tal vez debiera empezar con la cita de un pasaje de Lamartine que había copiado la antevíspera en la biblioteca: «Hay dos patriotismos. Hay uno que se compone de todos los odios, de todos los prejuicios, de todas las groseras antipatías que los pueblos, embrutecidos por gobiernos interesados en desunirles, alientan unos contra otros... Hay otro que se compone, por el contrario, de todas las verdades, de todos los derechos que los pueblos tienen en común...». La idea era justa, efectivamente, y generosa; pero la forma... «¡Bah! —pensó, sonriendo—, verborrea decimonónica, tal vez... Pero ¿no sigue siendo, poco más o menos, nuestro vocabulario?... Salvo excepciones —se dijo, acto seguido—. No es en absoluto, por ejemplo, el vocabulario del Piloto...». Meynestrel le hizo pensar en la pregunta de Pat: ¿era feliz Alfreda? No se hubiera

atrevido a contestar ni sí ni no. Las mujeres... ¿Puede uno saber nunca a qué carta quedarse con las mujeres?... El recuerdo de su experiencia con Sophia Cammerzinn le pasó por la imaginación. Apenas si pensaba en ella desde que había abandonado Lausana y la pensión del tío Cammerzinn. En los primeros tiempos, la joven había venido varias veces a Ginebra para verle. Luego había cesado en sus visitas. Sin embargo, siempre la había acogido con alegría. ¿Habría terminado por comprender que Jacques no sentía por ella ningún afecto? Sintió una cierta tristeza... ¡Qué muchacha tan extraña!... No la había sustituido.

Apretó el paso. Tenía que bajar hasta el Ródano. Vivía al otro lado del río, en la plaza de Grenus: un barrio pobre, lleno de baches y de tugurios. En una esquina de esta plaza, cuyo centro estaba ocupado por un urinario, una pensión de tres pisos, el Hotel del Globo, disimulaba su fachada leprosa. Encima de la puerta baja, un mapamundi de cristal se encendía por la noche, a modo de rótulo. Al contrario que los demás hoteles del barrio, no se admitían en él prostitutas. La casa pertenecía a dos solteros, los hermanos Vercellini, militantes desde hacía muchos años del partido socialista. Todas las habitaciones, o casi todas, estaban alquiladas a camaradas que pagaban poco y cuando podían: los hermanos Vercellini nunca habían puesto en la calle a un huésped por falta de dinero; pero sí se daba la circunstancia de que expulsaran a un sospechoso, ya que estos ambientes refractarios atraían a la vez a los mejores y a los peores hombres.

La habitación de Jacques estaba en lo alto del hotel; era pequeña, pero limpia. Desgraciadamente, la única ventana daba al descansillo, y los ruidos, los olores aspirados por la caja de la escalera, penetraban indiscretamente en la estancia. Para poder trabajar con tranquilidad, tenía que cerrar la ventana y encender la luz del techo; el mobiliario era suficiente: una cama estrecha, un armario, una mesa y una silla; adosado a la pared, un lavabo. La mesa era pequeña y siempre estaba ocupada. Generalmente, para escribir, Jacques se sentaba sobre la cama, con un atlas sobre las rodillas a guisa de pupitre.

Llevaba trabajando una media hora cuando llamaron a su puerta con tres golpecitos espaciados.

—Entre —gritó.

Una cara barbilampiña apareció por la rendija. Era Vanheede, el albino. También él, el año anterior, había dejado Lausana por Ginebra al mismo tiempo que Jacques y también vivía en «El Globo».

—Perdón... ¿Le molesto, Baulthy? —Era uno de los que seguían llamando a Jacques por su antiguo seudónimo literario, aunque Jacques, desde la muerte de su padre, firmaba sus artículos con su verdadero nombre—. He visto a Monier en el Café Landolt. El Piloto le había dado dos encargos para usted: el primero, es que necesita verle y que le esperará en su casa hasta las cinco; el segundo, es que su artículo no se publicará esta semana en *El Fanal*; es inútil que lo entregue esta tarde.

Jacques puso las manos sobre las cuartillas diseminadas ante él y apoyó la cabeza contra la pared.

—¡Me alegro! —dijo, tranquilizado. Pero inmediatamente pensó: «Veinticinco francos que dejaré de cobrar esta semana...». Andaba mal de fondos.

Vanheede, sonriendo, se acercó a la cama:

—¿Andan las cosas mal? ¿De qué trata su artículo?

—Acerca del libro de Fritsch: *El Internacionalismo*.

—¿Y qué?

—Pues mira, en el fondo, ni yo mismo sé bien lo que hay que pensar...

—¿Del libro?

—Del libro... y del internacionalismo.

Las cejas de Vanheede, apenas visibles sobre la frente, se contrajeron.

—Fritsch es un sectario —prosiguió Jacques—. Y, además, me parece que confunde varias cosas, de valores muy diferentes: la idea de Nación, la idea de Estado, la idea de Patria. Esto da la impresión de que piensa equivocadamente, incluso cuando dice cosas que parecen ciertas.

Vanheede escuchaba con los ojos entornados. Sus pestañas incoloras ocultaban la mirada; una mueca relajaba las comisuras de los labios. Retrocedió hasta la mesa y, corriendo un poco los papeles, los utensilios de aseo y los libros, se sentó.

Jacques proseguía en tono de vacilación:

—Para Fritsch y los que son como él, el ideal internacionalista implica en primer lugar la supresión de la idea de Patria. ¿Es verdaderamente necesario? ¿Es forzoso?... ¡Ni tanto así!

Vanheede levantó su mano de muñeca.

—¡En todo caso, la supresión del patriotismo! ¿Cómo imaginar la revolución únicamente en el marco insignificante de un solo país? ¡La revolución, la auténtica, la nuestra, es una obra internacional! ¡Y que debe ser realizada en todas partes al mismo tiempo, por todas las mayorías obreras del mundo!

—Sí. Pero mira: tú mismo haces una distinción entre el patriotismo y la idea de patria.

Vanheede movía obstinadamente su cabecita coronada por un mechón de pelo rizado casi blanco.

—Es lo mismo. Baulthy. Vea lo que ha hecho el siglo XIX: ¡exaltando por todas partes el patriotismo, el sentimiento de patria, ha fortificado el principio de los Estados nacionalistas, sembrando el odio entre los pueblos y trabajando para nuevas guerras!

—De acuerdo. Pero no son los patriotas, son los nacionalistas del siglo XIX quienes, en todos los países, han falseado la noción de patria. A un afecto sentimental, legítimo, inofensivo, lo han sustituido con un culto, con un fanatismo agresivo. ¡Condenar este nacionalismo, sí, sin ninguna duda! Pero ¿se debe rechazar al mismo tiempo, como lo hace Fritsch, el sentimiento de patria? ¿Esa realidad humana, física y carnal, como si dijéramos?...

—¡Sí! Para ser un verdadero revolucionario, es necesario, en primer lugar, romper todas las ligaduras, extirpar de sí...

—Ten cuidado —interrumpió Jacques—; tú piensas en el revolucionario, en el revolucionario tipo que tú quieres ser, y pierdes de vista al hombre, al hombre en general, tal como se

presenta en la naturaleza, en la realidad, en la vida... Por otra parte, ¿puede ser suprimido realmente ese patriotismo sentimental de que yo hablo? No estoy tan seguro de ello. Como quiera que sea, el hombre pertenece a una región. Tiene su temperamento de origen. Tiene su complexión étnica. Se aferra a sus costumbres, a las formas particulares de la civilización que lo ha moldeado. Dondequiera que esté, conserva su idioma. ¡Atención! Esto es muy importante: ¡el problema de la patria tal vez no sea, en el fondo, sino un problema de lenguaje! Dondequiera que esté, dondequiera que vaya, el hombre sigue pensando con las palabras y la sintaxis de su país... ¡Mira a nuestro alrededor! ¡Mira a nuestros amigos de Ginebra, a todos estos deportados voluntarios que creen de buena fe haber repudiado su suelo natal y haber formado una auténtica colonia internacional! Fíjate cómo, instintivamente, se buscan, se unen, se aglomeran en otros tantos clanes italianos, austriacos, rusos... Clanes indígenas, fraternales, *patrióticos*. ¡Tú mismo, Vanheede, con tus belgas!...

El albino se estremeció. Su pupila de ave nocturna se fijaron en Jacques con un destello de reproche y volvieron a desaparecer bajo la cenefa de las pestañas. Su desgracia física contribuía a acentuar la humildad de sus actitudes. Pero su silencio le servía sobre todo para proteger su fe, más firme que su pensamiento, y la cual, bajo un aspecto tímido, estaba poderosamente segura de sí misma. Nadie, ni siquiera Jacques, ni siquiera el Piloto, tenía una influencia verdadera sobre Vanheede.

—No, no —continuó Jacques—; el hombre puede expatriarse, pero no puede «despatriarse». ¡Y ese patriotismo no tiene nada fundamentalmente incompatible con nuestro ideal de revolucionarios internacionalistas!

»Por consiguiente, me pregunto si no constituye una imprudencia atacar, como lo hace Fritsch, a esos elementos que son esencialmente humanos, que representan una fuerza. Me pregunto, incluso, si no será perjudicial despojar de ellos al hombre del mañana. —Calló durante algunos segundos, y luego, en otro tono, indeciso, como exaltado por los escrúpulos, siguió—:



Lo pienso, y, sin embargo, no me atrevo a escribirlo. Sobre todo en una reseña de pocas páginas. Habría que escribir todo un libro para evitar los malentendidos. —Calló de nuevo y, de repente, exclamó—: ¡Por otra parte, tampoco escribiré ese libro!... ¡Porque, después de todo, no estoy seguro de nada! ¿Quién sabe? El hombre «despatriado» no es inconcebible. El hombre se adapta. Tal vez terminaría por acostumbrarse a esta mutilación...

Vanheede se apartó de la mesa y, espontáneamente, dio un paso hacia Jacques. En su cara de ciego erraba una expresión de alegría angelical.

—¡Encontrará en ella tantas compensaciones!

Jacques sonrió. Esta clase de impulsos era lo que le hacía querer al pequeño Vanheede.

—Ahora, le dejo —dijo el albino.

Jacques seguía sonriendo. Miró cómo Vanheede llegaba a saltitos hasta la puerta y hacía un gesto de despedida al tiempo que abandonaba la habitación sin hacer ruido.

Aunque ya nada le obligaba a terminar su artículo —puede incluso que a causa de ello—, volvió a ponerse a trabajar con ardor.

Aún seguía escribiendo cuando oyó dar las cuatro en el vestíbulo. Meynestrel lo esperaba. Saltó de la cama. Apenas se puso en pie, se percató de que tenía hambre. Pero no le quedaba tiempo suficiente para entretenerse en el camino. Aún le quedaban en el fondo de un cajón dos paquetes de chocolate en polvo que se diluía instantáneamente en agua caliente. Precisamente la víspera había llenado el infiernillo de alcohol. En lo que tardó en lavarse la cara y las manos, el agua empezó a hervir en el cacillo. Se tomó el tazón de chocolate, abrasándose, y partió apresuradamente.

### III

Meynestrel vivía bastante lejos de la plaza de Grenus, en ese barrio de Carouge que habían adoptado muchos revolucionarios, especialmente los refugiados rusos. Era un arrabal sin fisonomía propia, a orillas del Avre, más allá de la llanura de Plainpalais. Comerciantes muy necesitados de espacio, almacenistas de madera o de carbón, fundidores, carroceros, soladores y tallistas habían instalado en ese barrio sus talleres; a lo largo de las calles, anchas y soleadas, sus naves alternaban con islotes de casas viejas, jardines mutilados y solares.

La casa donde vivía el Piloto se alzaba en el cruce de las calles de Charles-Page y de Carouge, a la entrada del Pont-Neuf; era una casa de tres plantas y mucho fondo, amarillenta, baja y sin balcones, pero que bajo el sol estival tomaba un sabor de enlucido italiano. Bandadas de gaviotas pasaban por delante de las ventanas y se abatían sobre los ribazos del Avre, cuyo curso rápido, aunque poco profundo, presumía de torrente al cubrir de espuma las rocas a flor de agua.

Meynestrel y Alfreda ocupaban un cuarto de dos habitaciones, separadas por un pequeño recibimiento, al fondo de un corredor. La más pequeña de las dos habitaciones servía de cocina; la otra, de alcoba y despacho.

Junto a la ventana soleada, cuyas persianas estaban cerradas, Meynestrel, inclinado sobre una mesita portátil, trabajaba en tanto que esperaba la llegada de Jacques. Con una letra pequeña, febril, llena de abreviaturas, escribía en cuartillas de papel cebolla algunas notas breves que Alfreda se encargaba de descifrar y ponía luego en limpio con ayuda de una vieja máquina de escribir.

De momento, el Piloto estaba solo. Alfreda acababa de levantarse de la silla donde siempre se sentaba, una silla baja, completamente pegada a la de Meynestrel. Aprovechando una pausa en el trabajo de su dueño, había ido a la cocina para dejar correr el agua y llenar una jarra con agua fresca. El olor acidulado de una compota de peras, que hervía a fuego lento en el gas, flotaba en el ambiente cargado: se alimentaban casi exclusivamente de leche, verduras y fruta hervida.

—¡Freda!

Terminó de escurrir el colador de café que tenía en la mano, lo puso a secar y se enjugó los dedos rápidamente.

—¡Freda!

Se apresuró a volver junto a él y se sentó de nuevo en la silla baja.

—¿Dónde estabas, pequeña? —murmuró Meynestrel, posando la mano sobre la nuca morena, inclinada. La pregunta no requería contestación. La había hecho con una voz pensativa, sin interrumpir su trabajo.

Con la cara levantada, Alfreda sonreía. Su mirada era cálida, fiel y tranquila. Sus pupilas, muy abiertas, expresaban el deseo de verlo todo, de comprenderlo todo, de amarlo todo; pero nunca despuntaba en ellas ni la menor chispa de insistencia o curiosidad. Parecía nacida para contemplar y para esperar. En cuanto Meynestrel se ponía a pensar en voz alta (lo que hacía casi continuamente), Alfreda se volvía hacia él y parecía escucharle con la mirada. Algunas veces, cuando el pensamiento era sutil, la joven aprobaba con un ligero pestañeo. Esta presencia muy próxima, silenciosa y constantemente atenta, era todo aquello que Meynestrel necesitaba; pero esto, ahora, lo necesitaba tanto como el aire que respiraba.

Alfreda solo tenía veintidós años: era quince años más joven que él. Nadie habría sabido decir con exactitud cómo se habían encontrado ni qué clase de lazos los unían bajo las apariencias de su vida común. Habían llegado juntos a Ginebra el año anterior. Meynestrel era suizo. De ella se sabía que era de origen

sudamericano, aunque apenas hiciera alusiones a su familia o a su infancia.

Meynestrel seguía garrapateando. Su rostro delgado, más alargado aún a causa de la barba negra y en punta, se inclinaba hacia delante. La frente, estrecha y como unida a las sienes, brillaba a la luz. Su mano izquierda seguía posada sobre la nuca de Alfreda. Inmóvil, con la espalda curvada, la joven se prestaba a esta caricia con la inmovilidad temblorosa de una gata.

Sin mover la mano, Meynestrel dejó de escribir, miró a lo lejos y movió la cabeza negativamente:

—Dantón decía: «Queremos poner encima al que está debajo, y debajo al que está encima». Esto, muchacha, es una frase de político. Pero no es una frase de socialista revolucionario. Louis Blanc, Proudhon, Fourier, Marx, nunca hubieran dicho una cosa así.

Alfreda volvió los ojos hacia el Piloto. Pero este no la miraba. Su rostro, levantado ahora hacia la parte alta de la ventana, por donde las persianas dejaban filtrarse un rayo de sol, permanecía impassible. Sus facciones eran regulares, pero extrañamente desprovistas de vida. El color, sin ser enfermizo, era grisáceo, como si la sangre bajo el cutis fuera incolora; los labios, bajo el bigote negro cortado a cepillo, eran exactamente del mismo tono que la carne. Toda su vitalidad se encontraba concentrada en los ojos: eran pequeños y estaban muy juntos; las pupilas, muy negras, ocupaban todo el lugar libre en la abertura de los párpados, de manera que apenas dejaban aparecer la parte blanca del ojo; su resplandor tenía una intensidad casi insostenible y, sin embargo, no emanaba de ellas ningún calor. Esta mirada sin tonalidades, únicamente lúcida y al parecer siempre en el límite de la atención, no era en absoluto la de un hombre; subyugaba e irritaba; hacía pensar en la mirada penetrante, salvaje, misteriosa, de ciertos animales, de ciertos monos.

—... los silogismos de la ideología individualista —murmuró de un tirón, como si terminara un pensamiento interior.

La voz carecía de entonación, toda igual. Casi siempre hablaba con frases breves, sibilinas, que parecía hacer brotar con una fuerza moderada, pero inagotable. La forma con que unía

en una sola exhalación —recalcando, sin embargo, todas las sílabas— una serie de palabras huidizas, como esta de «silogismos de la ideología individualista», recordaba el virtuosismo de un violinista que reúne en un mismo golpe de arco toda una cascada de dobles corcheas.

—El socialismo de clase no es socialismo —prosiguió—. Trastrócar el orden de clases es únicamente sustituir un mal por otro, una opresión por otra opresión. Todas las clases actuales sufren. El régimen del beneficio, la tiranía de la competencia, el individualismo exasperado dominan también al patrono. Solo que este no lo comprende. —Por dos veces se tocó el pecho al toser, y, muy de prisa, terminó—: Unir ampliamente, en una sociedad sin clases, con una nueva organización del trabajo, a todos los elementos sanos indistintamente: esto es lo que hace falta, muchacha...

Luego, volvió a escribir.

El nombre de Meynestrel estaba ligado a los primeros tiempos de la aviación. Piloto e ingeniero mecánico al mismo tiempo, era de aquellos a quienes la S. A. S. había llamado cuando la creación de la fábrica de Zúrich; algunos dispositivos, todavía en uso, llevaban su nombre. En aquella época sus intentos sucesivos para sobrevolar los Alpes le habían hecho famoso. Pero, herido en una pierna en el accidente que le había hecho fracasar en su raid Zúrich-Turín (en el que faltó muy poco para que encontrara la muerte), había renunciado al pilotaje. Después, a continuación de las huelgas de la S. A. S., en el curso de las cuales había desertado deliberadamente de su despacho de técnico para tomar parte en el movimiento obrero, había abandonado Suiza bruscamente. ¿Qué había sido de él? ¿Había sido en el este de Europa donde había pasado estos años de ausencia? Estaba muy al corriente de las cuestiones rusas, y, en varias ocasiones, había tenido oportunidad de demostrar que se manejaba bastante bien con los dialectos eslavos; pero también conocía las cosas de Asia Menor y de España. Indudablemente, había tenido relaciones personales con la mayor parte de los personajes influyentes del

mundo revolucionario de Europa; incluso estaba en correspondencia continua con muchos de ellos; pero ¿en qué circunstancias, con qué objeto se había relacionado con ellos? Hablaba de ellos con una mezcla desconcertante de precisión y vaguedad, siempre a propósito de otra cosa, para aportar una información suplementaria en una discusión de tipo general, y cuando citaba una palabra típica que parecía haber oído, un acontecimiento del que parecía haber sido testigo, nunca se tomaba el trabajo de explicar su participación en el hecho. Sus alusiones eran siempre incidentales; el tono, cuando se trataba de hechos, de doctrinas, de individuos, era formal y documentado; pero evasivo hasta la exageración en cuanto al tema de la conversación recaía en torno a su persona.

Y, sin embargo, daba la impresión de haberse encontrado presente siempre allí donde hubiera sucedido algo o, al menos, de saber mejor que nadie lo que verdaderamente había pasado tal día en tal lugar, y de tener, acerca del suceso, una visión particular que le permitía sacar de él deducciones inesperadas e irrefutables.

¿Por qué había venido a Suiza? «Para estar tranquilo», había dicho en cierta ocasión. Durante los primeros meses había vivido en una forma huraña, evitando tanto a los afiliados del partido suizo como a los refugiados, pasando el día en las bibliotecas, con Alfreda, leyendo, tomando notas de las obras de los doctrinarios de la revolución, sin otro objeto, al parecer, que perfeccionar su cultura política.

Luego, cierto día, un joven militante ginebrino, llamado Richardley, había conseguido llevarle al «Local», donde se reunía todas las tardes un grupo bastante heterogéneo de revolucionarios suizos y extranjeros. ¿Le había sido simpático este ambiente? No había abierto la boca, pero al día siguiente había vuelto en forma espontánea. Y muy pronto se había impuesto su fuerte personalidad. En esta agrupación de teóricos momentáneamente condenados a la inacción, a la palabrería, el vigor de esta inteligencia crítica, esta competencia infalible y que parecía

más bien fruto de la experiencia que de la lectura o de la compilación; este instinto con que llevaba todas las cuestiones al plano de lo concreto y que tendía siempre a asignar finalidades prácticas al pensamiento revolucionario; este arte que tenía de aislar inmediatamente lo esencial en los problemas sociales más enrevesados y resumirlo en algunas fórmulas sorprendentes, todo ello lo había asegurado un ascendiente excepcional sobre los demás. En algunos meses se había convertido en el centro, en el animador de esta agrupación; algunos hubieran dicho «en el jefe». Acudía diariamente, sin que se aclarara el misterio de que se rodeaba; era el misterio de un hombre que quiere permanecer detrás, que se reserva, que «se prepara».

—Ven por aquí —dijo Alfreda, haciendo entrar a Jacques en la cocina—. Está trabajando.

Jacques se secaba la frente.

—¿Te apetece? —propuso la joven, indicando la jarra en el fregadero, bajo el chorro de agua.

—¡Ya lo creo!

El vaso que llenó se empañó inmediatamente. Alfreda permanecía ante Jacques, con la jarra en la mano, en aquella actitud humilde y servicial que era habitual en ella. Su rostro mate, casi sin polvos, su nariz chata; la boca infantil, que se abultaba como una fresa madura cuando unía los labios; los ojos ligeramente oblicuos y esta franja negra, espesa, lustrosa, que le comía la frente casi hasta las cejas, la hacían parecer una muñeca japonesa fabricada en Europa. «Tal vez también a causa del quimono azul», pensó Jacques. Entonces, mientras bebía, la pregunta de Pat se le vino a la memoria: «¿Crees tú que Alfreda está contenta con su Piloto?». Tuvo que confesarse que apenas si la conocía, aunque la joven asistiera siempre a sus conversaciones con Meynestrel. Había tomado la costumbre de considerarla menos como un ser vivo que como un accesorio doméstico, o, más exactamente, como un fragmento de Meynestrel. Por primera vez, se percató del ligero embarazo que sentía cuando se encontraba a solas con Alfreda.